

Hwang Sok-yong  
Mater 2-10

Traducido del coreano  
por Laura Hernández Ramos y Lee Eun Kim

**Alianza** editorial

Título original: 철도원삼대

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de una subvención para la traducción del Literature Translation Institute of Korea.



Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© Hwang Sok-yong, 2020  
© de la traducción: Laura Hernández Ramos, 2023  
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-231-8  
Depósito legal: M. 645-2023  
Printed in Spain

## Nota del autor

«Mater» es la abreviatura japonesa utilizada para referirse a las locomotoras de montaña. Durante la época colonial japonesa, cincuenta locomotoras Mater 1, siguiendo el modelo de las estadounidenses, fueron construidas en Gyeongseong y en la fábrica de Kisha Seizo en Japón. Se introdujo también la Mater 2 de treinta y tres vagones, una versión mejorada fabricada por Kawasaki, que se utilizó en Corea del Norte. La Mater 2-10 fue una locomotora que operaba en la línea Pionyang-Kaesong y que fue capturada durante la guerra de Corea por el ejército surcoreano cuando avanzaba hacia el norte. Finalmente acabó en la estación de Jangdan cuando los aliados se estaban retirando. Después, el 31 de diciembre de 1950, el ejército estadounidense la destruyó para evitar que cayera en manos del enemigo. Durante mucho tiempo permaneció abandonada oxidándose como una lata vacía en la zona desmilitarizada entre el norte y el sur e incluso le pusieron el apodo de *Hwatong* o Chimenea. Como parte del proyecto de restauración del patrimonio cultural, en 2004 la recuperaron y, tras dos años de reparaciones, la colocaron en el Parque de la Unificación Imjingak como Patri-

monio Cultural Nacional Registrado n.º 78. El casco oxidado de la locomotora mira hacia el norte tras un letrero en el que puede leerse «Este caballo de hierro quiere correr». Se convirtió en un símbolo de la guerra de Corea por lo que apareció en libros de texto, periódicos, revistas, folletos gubernamentales e incluso tuvo su propio sello postal. Los restos de este viejo armatoste de metal han adquirido diferentes significados dependiendo de cada época y cada gobierno, siempre en medio de la dualidad de la Guerra Fría y el anticomunismo, la paz y la reconciliación. Como una momia en su tumba, la Mater 2-10 se ha conservado químicamente y se ha convertido en un fósil conmemorativo de la era de la división.

Jinoh Lee dejó un espacio aparte para hacer sus necesidades en el lado contrario del pasillo circular, lo más lejos posible de donde dormía. Primero, intentó hacerlo agarrándose a la barandilla, pero se caía hacia delante. Para mantenerse en cuclillas, tenía que hacer fuerza con el dedo pulgar del pie. Era la única forma de no irse de bruces ni caerse de espaldas. Podría encoger completamente los dedos dentro de las zapatillas, como si fueran las garras de un águila. Tendría que apuntar muy bien.

Bajó la cabeza y miró con atención si la orina y los excrementos caían correctamente en el plato de plástico de las gachas. Al principio, no fue capaz de encontrar algo adecuado que le sirviera de retrete. Un día que estuvo malo del estómago, los compañeros que lo ayudaban desde abajo le compraron unas gachas. Comió gachas tres veces al día y, apenas mejoró, se dio cuenta de que el tamaño y la altura del plato de gachas eran perfectos para usarlo de retrete. El olor era terrible en un espacio tan cerrado, pero soportable si lo cubría con la tapadera y lo envolvía todo en una bolsa de plástico. En cuanto se lo pidió,

sus compañeros de abajo le prepararon una docena de los recipientes de gachas para llevar y le subieron varios de una vez. Cuando reunía varios de los recipientes que usaba una vez al día y se los daba, ellos los limpiaban, secaban y se los subían de nuevo.

Después de limpiar y cerrar firmemente la bolsa con sus heces, Jinoth se agarraba a la barandilla y contemplaba el paisaje de la ciudad, que siempre era igual. Estaba justo empezando a amanecer y el sol asomaba ligeramente por el este, por donde se extendían las nubes arreboladas. Los altos y bajos edificios de apartamentos y oficinas del centro de la ciudad parecían una jungla. Se veía la hilera de árboles que se alineaban al borde de la carretera y el bosque al lado derecho de Yeouido. El follaje de mayo ya presentaba un color verde claro. El puente de Omoknae al que iba a jugar cuando era niño ahora era de cemento, pero el riachuelo que se adentraba en el río Han seguía igual.

Un mes antes, Jinoth había trepado en medio de la noche a lo alto de la chimenea de esta central eléctrica. Mide cuarenta y cinco metros de alto, similar a un edificio de dieciséis plantas. Actualmente, estamos acostumbrados a que los bloques de apartamentos tengan veinte o treinta pisos, así que estar sobre esta chimenea no parecía tan alto ni daba sensación de vértigo. Aun así, era un espacio muy estrecho y no había nada alrededor, por lo que cuando salió por primera vez casi se cayó al vacío. La chimenea tiene seis metros de diámetro y está rodeada por un balcón circular de un metro de ancho. Además, recorrer su circunferencia son unos veinte pasos. Realmente, quitando el lugar donde dormía, eran unos dieciséis pasos. Como ya había habido otras personas que se habían encaramado a una grúa en otra ciudad, ya había cierto estudio sobre cómo sobrevivir. Cuando se manifestó la soldadora Sook Young, a quien Jinoth conocía muy bien, utilizó la cabina de la grúa como alojamiento y entre los pi-

lares de hierro sembró tomates y otras plantas. Cada noche, ella soñaba con convertir las torres de acero del enorme astillero en árboles. Quizás era porque, subida a esa enorme masa de hierro, su débil y pequeño cuerpo le parecía otro accesorio de metal. Transformaba las grúas al otro lado en árboles de hoja ancha y observaba ese paisaje del que brotaban montones de árboles gigantes por todas partes. Jino, a diferencia del resto, no convirtió la chimenea en una escultura similar.

Aquí no se puede calcular el paso del tiempo y la sensación es como si se tratara de una goma elástica que se encoje inmediatamente por el rebote producido después de estirla y soltarla. Antiguamente, la gente podía diferenciar el día de la noche y más o menos saber la hora que era gracias a las luces y sombras, así como la altura y posición del Sol. No obstante, él tenía un teléfono móvil, así que podía saber con exactitud hasta los minutos y segundos. De todas formas, poco a poco esta diferenciación se fue volviendo insignificante porque aquí los días se repetían en bucle y nunca pasaba nada. Los horarios de desayuno, comida y cena fijados por las autoridades eran los que marcaban regularmente sus días. Las horas determinadas eran las ocho para el desayuno, la una para la comida y las seis para la cena. Después de atravesar el portón, los compañeros no tardaban ni cinco minutos en llegar con la mochila llena de alimentos al espacio debajo de la chimenea.

Jino trabajó como empleado de fábrica durante veinticinco años hasta ya pasados los cincuenta. Su infancia transcurrió en Yeongdeungpo, donde también trabajó cerca de diez años, y después trabajó durante quince años en una ciudad de provincias al sur. En su juventud trabajó como jefe de una fábrica y luego se convirtió en representante regional de un sindicato cuando lo despidieron. Dijo que lo despidieron, pero realmente su puesto de trabajo desapareció de repente porque cerraron la fábrica y la vendieron a otra empresa, por lo que su vida se hizo añicos.

Los despedidos empezaron a luchar en la sede central de Seúl por su reubicación. De entre los más de veinte compañeros que reclamaban la recuperación de su puesto y la subrogación del empleo, hasta el final solo aguantaron once personas, y en el centro de las protestas solo quedaron cinco, que eran del comité directivo o tenían la posibilidad de permanecer en Seúl. Estos son: Jino, un compañero de la misma edad llamado Changsoo Kim, Jeong y Park, de unos cuarenta años, y el veinteañero Cha. Ellos continúan trabajando como eventuales en fábricas o en oficinas acordes con sus habilidades y mientras tanto cuidan de Jino. En la comisaría de policía que tiene jurisdicción sobre el área de la chimenea, trabajan por turnos de cinco agentes cada uno y en la puerta de la chimenea hacen guardia o un sargento o un oficial. A veces, cuando el sindicato del metal y las organizaciones civiles se congregan fuera de la central eléctrica para protestar, un autobús de la policía lleno de efectivos se acuartela bajo la chimenea. Cada día, sus compañeros atraviesan la puerta y los agentes solo les permiten entregar lo que llevan tras comprobar que no hay ningún producto no permitido. Por las mañanas, la inspección es inflexible mientras que, por la noche, cuando los altos cargos ya están a punto de irse a casa, son relativamente menos estrictos. Aunque encuentren un artículo prohibido, únicamente lo confiscan, pero no los arrestan ni ejercen violencia, como sí hacían antes, así que no es necesario ser tan prudentes. Cuando los pillan, solo les piden escribir un informe con los objetos que portan y los motivos por los que acceden al lugar. En consecuencia, al menos durante diez días la inspección es más estricta. Prometieron, en la medida de lo posible, subir lo necesario por las noches y los objetos susceptibles de incautación los fines de semana por la noche. Al fin y al cabo, los agentes también son seres humanos, y entre los policías de apoyo, aquellos que cumplen su servicio militar en la policía, hay jóvenes compasivos, por lo que de vez en cuando habían podido subir objetos prohibidos.

Antes de encaramarse, hicieron una exploración preliminar y unos días antes de madrugada empezaron a subir a la chimenea los objetos necesarios para la supervivencia por la barandilla del balcón. No traspasaron la puerta de la central eléctrica, sino que entraron colocando una escalera sobre un muro de bloques de cemento cerca de la chimenea. Primero, ataron firmemente a la barandilla de la chimenea un par de poleas y una soga para subir y bajar la comida y los artículos necesarios. Llevaron plásticos de invernadero e incluso un rollo de tela impermeable que sirviese para hacer una especie de pared. Prepararon una tienda de campaña de una sola habitación y un saco de dormir y adquirieron un farol y varios utensilios de senderismo. También incluyeron un teléfono móvil y una batería. Alrededor de la chimenea colocaron una pancarta que daba a conocer el motivo de la protesta. Sus compañeros junto con el sindicato del metal formaron un equipo de apoyo y en una zona vacía montaron una carpa donde cocinaban y ofrecían comida. Además, determinaron que iban a subirle tres comidas al día, qué objetos y qué cantidad necesitarían para solucionar circunstancias de la vida cotidiana como el agua potable y cómo deshacerse de la orina y heces. El agua lo echaban en botellas de plástico y le subían cuatro al día, pero cuando empezó a hacer más calor aumentaron a seis. Dos de las botellas eran para lavarse la cara y enjuagarse y otra botella la repartía entre las lechugas y otras plantas que ya estaba cultivando. Los compañeros le subieron unas semillas para luchar contra el aburrimiento y las largas horas de espera, así que Jinoth las plantó unos días después de empezar la protesta. Las botellas vacías las usaba para la orina y una vez llenas las dejaba en una esquina del balcón. Si la policía subiera a por él, quizás podría usarlas como arma arrojadiza. Recogía las heces en bolsas de plástico, pero estaba preocupado por el fuerte olor y por si goteaba, pero todo se solucionó cuando descubrió los platos de gachas.

El día antes del inicio de la protesta, Jeong y Cha subieron a la chimenea y lo ayudaron a instalar la tienda y la cubierta de plástico. Por último, ataron firmemente la pancarta por fuera del plástico que cubría la barandilla. «oelpme le necitnaraG .satnev sal a oN» estaba escrito en grande para mostrar el motivo de la protesta y debajo, un poco más pequeño, como subtítulo ponía «serodajabart sol sodot ed nóicacibueR .oelpme led nóicagorbuS». JinoH no tenía más remedio que leerlo al revés, desde el lado contrario a la gente que miraba hacia arriba.

Hoy había un asunto al que poner fin. Anteayer, que era domingo, sus compañeros le metieron una llave inglesa en la cesta con la cena. Estaba envuelta en papel de aluminio y por debajo asomaban dos colas de pescado negruzcas, por lo que al principio pensó que se trataba de pescado asado. En cuanto lo cogió, notó que era muy pesado y de inmediato supuso que había algo dentro. Le costó mucho tiempo quitarle a la llave inglesa el olor a pescado, puesto que vino envuelta entre dos saurios del Pacífico.

Por la mañana, primero hace deporte. Antes lo practicaba después de desayunar para hacer bien la digestión, pero cambió el orden porque el movimiento lo ayuda a destensar el cuerpo después de pasar la noche encogido. Tras el desayuno, camina durante una hora recorriendo una y otra vez los aproximadamente treinta pasos del balcón. Por la tarde, después de comer, primero camina y a continuación ejecuta varios ejercicios. Después de cenar hace lo mismo y antes de irse a dormir relaja el cuerpo. Gracias al móvil está conectado con el entrenador de un gimnasio de los alrededores que le ha explicado los ejercicios varias veces. Los compañeros lo visitaron para informarlo de la situación y los pusieron en contacto por teléfono. Le dijo que el modo de hacer el ejercicio eficazmente era en intervalos cortos cada hora. Los movimientos para destensar el cuerpo son: mover el cuello de arriba abajo y de derecha a izquierda,

sacudir los brazos, encoger y estirar las piernas, relajar las articulaciones de las extremidades, hacer abdominales sentado, girar el tronco a derecha y a izquierda, tumbarse sin hacer ningún tipo de fuerza, como un cadáver, etc. Hace ejercicios para mantener la fuerza muscular sin ningún instrumento: flexiones, doblar y encoger las piernas con la postura de montar a caballo y dominadas. Como no tiene ninguna barra ni aparato, se plantea dejar de hacer «los tres ejercicios». Dobla y estira los brazos; con las piernas juntas y el tronco recto, se pone en cuclillas y se levanta; alza los brazos, da un salto de repente y otra vez hace una sentadilla; estira las piernas y vuelve a hacer flexiones. Son movimientos simples, pero le dijo que haciéndolos unas veinte veces le servirían para mantener la fuerza física. Al principio, después de siete repeticiones ya estaba agotado y sin aliento. Todavía apenas puede hacerlos diez veces, así que no sabe cuánto tendrá que entrenar para cumplir con las veinte repeticiones. Sonó el teléfono. Era Cha, el más joven de sus compañeros:

—A partir de hoy, me encargaré yo de las comidas.

—¿Y eso? ¿Le ha salido trabajo a Kim?

—Sí, en una obra. Vendrá por la noche.

—¿Estáis todos bien?

—Sí, entro ahora.

Cha llegó al portón con el desayuno. Jino se apoyó en la barandilla y miró hacia abajo. Cha apareció por la esquina del muro de cemento. Del puesto de guardia de la policía bajo la chimenea salió un agente de apoyo para recibirlo. Abrió la mochila que llevaba al hombro y sacó los recipientes de comida. El agente los observó sin prestar mucha atención y dio un paso atrás. Jino bajó la cuerda de la polea. Del cabo de la cuerda colgaba una cesta. Los de abajo agitaban la cuerda como señal de que ya podía subirla y entonces él tiraba de ella lentamente.

—Vale, gracias.

Jinoh subió la cesta y en cuanto saludó con la mano, Cha también agitó la suya y se dio la vuelta. Dentro de la cesta estaba la comida del desayuno: gachas, huevo frito, *kimchi* y boquerones fritos. Ese día le habían subido seis botellas de agua. Si empezaba a hacer más calor, quizás tendrían que entregarle agua dos veces al día. Primero se comió el huevo frito de un bocado. Las gachas se habían enfriado un poco, pero todavía estaban templadas. Sin embargo, eran unas gachas de verduras demasiado duras como para masticarlas. No tardó ni diez minutos en desayunar. Recogió los platos y los metió de vuelta en la cesta, se lavó los dientes con el agua mineral, echó agua en una palangana de plástico y se lavó la cara. Realmente suele hacer el lavado del gato, pasándose un poco de agua por la cara. Pensó en caminar yendo y viniendo por el balcón, pero desistió de hacerlo porque ese día había mucho trabajo que requeriría esfuerzo físico. Si no era esa semana, quizás fuera a principios de la siguiente, pero le habían comunicado desde abajo que tendrían una charla con la empresa. De llegar a un acuerdo, estaría bien, pero también decidieron estar preparados ante una posible ruptura de las negociaciones. Un conflicto que llevaba estancado unos dos años es imposible que se resuelva en una mañana; al subir ahí arriba, ya estaba concienciado ante una posible lucha a largo plazo. En caso de ruptura de las negociaciones, la empresa quizás pida encarecidamente a la policía que acabe con esa protesta y tal vez incluso envíen a los militares. Como por la escalera de la chimenea solo se puede subir de uno en uno, podría bloquear la entrada para ganar tiempo hasta que llegasen los miembros del sindicato y de las organizaciones civiles. Por eso ha estado guardando las botellas de plástico llenas de orina. Como no se quedaba tranquilo solo con eso, ha decidido inutilizar la escalera vertical que va desde donde termina la otra escalera de caracol hasta arriba de la chimenea. La escalera vertical mide aproxi-

madamente diez metros y en la parte exterior tiene una cubierta de seguridad en forma de tubo de plástico transparente. Ha quitado los tornillos de la escalera y los ha vuelto a poner inclinados hacia fuera para que se queden atrapados en el pasillo y nadie pueda subir.

Jinoh amarró a su cuerpo la cuerda que le había sobrado, la ató a los barrotes de la barandilla y bajó por la escalera. Para que no se le cayera la llave inglesa, la había atado también con una cuerda fina y se la había colgado al cuello. En la parte más baja, aflojó los tornillos y, desde una altura similar a la suya, los sacó totalmente y se los guardó en el bolsillo del pantalón de trabajo. Al principio era difícil desatornillarlos, pero una vez que comenzaban a aflojarse ya podía hacerlo con las manos. Cuando justo estaba sujetando la cabeza de un tornillo con la llave inglesa y girando en dirección contraria a las agujas del reloj, oyó un grito desde abajo:

—¿Qué estás haciendo ahí?

Él simplemente se quedó en silencio. No tenía necesidad de responder a cada comentario. Mientras iba ascendiendo escalón a escalón quitando los tornillos, el agente trajo al oficial que estaba en la puerta principal.

—¡Deje de hacer eso tan peligroso!

Jinoh miró hacia abajo, sonrió y continuó en silencio. Ellos se acercaron a la escalera de caracol y empezaron a subir. Poco después, ya se estaban quedando sin aliento mientras seguían los pasos de Jinoh, que ya había llegado a la última parte. Sin embargo, como ya había subido tres metros, parecía que a ellos no les quedaba más remedio que mirarlo desde abajo sin posibilidad de detenerlo.

—¡Usted está dañando las instalaciones!

Eso le dijo el oficial, y el agente le preguntó:

—¿Pero por qué está quitando los tornillos de la escalera con lo peligroso que es?

Al final, Jinoth se detuvo en su tarea y les respondió:

—¿Esto? Es para que ustedes no puedan subir.

—Si quisiéramos, podríamos acabar con esta protesta, pero solo estamos aquí para vigilar.

Quitó otro tornillo y, dejándolo caer en el bolsillo del pantalón, dijo:

—Oye, ¿no es mejor esto que bajar corriendo?

—Ay, qué fastidio, de verdad. ¿Acaso alguien pensaba que esto se solucionaría en una mañana? —murmuró el oficial al darse la vuelta y bajar las escaleras de caracol doblando las rodillas con cuidado—. Puedes estar ahí eternamente, a los altos cargos nunca les interesan este tipo de asuntos.

En una hora y media, Jinoth quitó todos los tornillos de ambos lados de los diez metros de escalera. Subió y siguió con su tarea en los últimos tres escalones en una postura cómoda. Agarró la escalera y la empujó con fuerza provocando que se fuera contra la cubierta circular de plástico. De este modo, nadie podría ni entrar ni salir. En consecuencia, él también se quedó sin vía de escape. No sabe cuándo podrá bajar, pero ansía que llegue el día en el que lance los tornillos a sus compañeros para que los pongan de nuevo y suban.

Como cualquier otro día, comió, hizo sus tres ejercicios y caminó; leyó, cenó y realizó de nuevo sus ejercicios y movimientos para destensar el cuerpo. Era la hora a la que el resto de la gente sale de trabajar y va a tomar algo con los compañeros o vuelve a casa para cenar y ver la televisión. Llamó por teléfono a su mujer e intercambió algunos mensajes de texto con sus compañeros del sindicato. Había sido un día tranquilo sin ningún contrat tiempo. La oscuridad cubría la ciudad e iba anocheciendo. Poco a poco había menos ruidos y tan solo se escuchaban de vez en cuando los cláxones de los coches a lo lejos. Se metió y se tumbó dentro del saco de dormir e intentó quedarse dormido. Allí podía dormir a su antojo. En la oscuridad no ha-

bía nada que hacer, así que pasadas las nueve de la noche se tumbaba y solía caer en un sueño profundo.

Se despertó porque se hacía pis. Abrió los ojos ligeramente y le dio pereza salir del saco, así que se quedó dando vueltas. Bajó la cremallera del saco y salió como un gusano escapando del capullo. La densa niebla se extendía por los alrededores. Jinoth caminó, aunque solo fueran unos pasos, lejos de la tienda de campaña y se quedó de pie frente a la barandilla. Como nadie podía ver la barandilla, hizo pis por fuera. Se estremeció y se dio la vuelta; después sacó y agitó el pie derecho por fuera de la barandilla desde la que se veía la niebla que lo envolvía todo como un mar de nubes. De algún modo no sentía el vacío bajo sus pies. Cuando hacía deporte caminando una y otra vez por la zona de la barandilla, sentía el impulso de caminar sobre el aire. Jinoth metió el cuerpo entre los barrotes, inclinándose, y extendió una pierna. Parecía que estaba pisando un mullido colchón o edredón. Sujeto con ambas manos a la barandilla, sacó los dos pies por fuera. «Mira, por aquí se podría caminar», murmuró sorprendido, y dio unos pasos titubeantes en la niebla. Parecía que andaba sobre una planicie cubierta de nieve. Al principio era como si caminara hundido hasta las rodillas y poco después empezó a deslizarse con pasos ligeros. Como si estuviera dentro de una nube, la niebla densa seguía rodeándolo. De repente se encontraba caminando sobre un camino sucio, seco y firme.

Apareció la vía del tren. Se empezaron a ver callejones estrechos a ambos lados de la vía en cuanto pasó por un bar y una tienda de techos bajos, cuyas débiles luces amarillas se filtraban a través de los tablones de los marcos de las ventanas. Él caminó siguiendo las vías. Se veía el centro social de veteranos con minusvalía con las luces apagadas.

Se acordó de que cuando era niño, había ido varias veces al cine con su padre para ver películas occidentales y el tercer año

de primaria descubrió la forma de colarse. El hijo del barbero fue el primero en descubrir una forma de colarse por las ventanas del cine que daban al taller donde pintaban las carteleras. El centro social de veteranos había sido un antiguo almacén militar que después de la guerra, como parte de un proyecto para el bienestar de los soldados, se transformó en un cine que contribuyese al disfrute de los soldados heridos. Era un almacén de madera y acero galvanizado y el taller artístico, una construcción temporal justo al lado, siempre estaba abierto. Por la noche, la puerta del taller estaba cerrada, pero era posible empujarla sin esfuerzo y entrar. Subiendo donde estaban amontonadas pilas de cajas y leña, estaba la ventana con enrejado de madera del cine. Al otro lado de la ventana estaba el telón y mirando hacia abajo se veía el pasillo en el que se alineaban las butacas. En una ocasión, alguien intentó colarse al cine por allí, pero fue descubierto y castigado duramente por el guardia. Después de aquel suceso, por la noche también cerraban la puerta del taller y en la ventana pusieron una malla como si se tratara de un gallinero. Los empleados del centro social de veteranos eran tres antiguos combatientes que habían resultado heridos. En la taquilla había un señor estúpido, en la entrada había otro señor con una quemadura que se encargaba de recoger las entradas y el vigilante que recorría los alrededores del cine era manco. Los tres se turnaban para cuidar la entrada, limpiar y vigilar, pero el que más miedo daba de todos era el manco. Se colocó un brazo ortopédico y en el garfio afilado se enganchaba el filtro del cigarro para fumar, mientras con la otra mano recogía las entradas. Cuando se enfadaba, amenazaba a la gente acercándoles el garfio como si fuera un anzuelo enorme.

El hijo del barbero le dijo a Jinoth entre risas que había encontrado un nuevo camino. Jinoth lo siguió una mañana temprano hacia el callejón en la parte trasera del edificio. Nada más abrir la tapa de acero en el suelo, bajo la cubierta de madera de

la parte de atrás del edificio, emanó un fuerte olor a pis y excrementos. Jinoth se arrepintió en cuanto vio aquello. A cambio de habérselo enseñado, debía pagar al chaval con piezas de papel de un juego tradicional llamado *ttakji*. Al pedirle todas las piezas, él le entregó su preciada caja del tesoro. Era una caja de galletas de lata que vendían en el mercado yanqui, uno de esos mercados donde vendían de forma ilícita artículos que provenían del Ejército estadounidense. Por muy bueno que fuera el fin, ¿cómo iba a meterse en un retrete? El chico le dijo que él ya había logrado completar la ruta para entrar y ya había conseguido ver un par de películas gratis. Esa noche, los dos niños habían arrancado las tapaderas de unas cajas de cartón y habían ido al cine con dos trozos de cartón cada uno. Se veía el suelo gracias a la luz que se filtraba por el agujero del retrete. El baño era profundo y amplio. Pisó sobre una piedra que habían llevado allí de antemano y salió del agujero evitando el pis y los excrementos que se acumulaban bajo el retrete. Antes de asomar el tronco, tuvo que colocar uno de los trozos de cartón donde iba a pisar. Salió con dificultad al interior del baño y llegó sano y salvo al cine. Como iba con relativa frecuencia, algunas veces se mojó de orina la parte de arriba o las manos e incluso se manchó los zapatos de caca porque, entre los que iban a ver películas, algunos eran hombres mayores un poco torpes que no apuntaban bien y salpicaban de orina y heces la parte de abajo. Tanteaban a oscuras hasta que encontraban un asiento y se sentaban. Al resto de la gente de repente les llegaba el olor a pis o se preguntaban los unos a los otros qué era aquel olor. Al final, dejaron de hacerlo por la vergüenza que les daba. El hijo del barbero vivía en casa de su hermano mayor, que también era barbero. Los padres habían fallecido pronto, por eso vivían juntos, y la relación con su cuñada no era buena. Como su padre era barbero, le habían puesto el apodo de pequeño Kkakse, que derivaba del verbo «cortar», así que su hermano era el gran Kkakse.

Al final, se fue de casa y tuvo que hacer frente a todo tipo de situaciones. Vivía en una tienda de campaña con un rufián que iba por ahí recogiendo basura y aprendió a cazar serpientes de un amigo cazador. Comía serpientes a modo de tónico reconstituyente. Cocía unas cuantas grandes para comérselas, con lo que conseguía entrar en calor y llegaba incluso a sudar, aunque fuera invierno. Sabía hablarles a las serpientes. Antes de atraparla, la serpiente se escurría entre los matorrales y él le hablaba mientras ella lo miraba fijamente. «¿A dónde vas a ir tú? Ven aquí, que te voy a dar algo rico». Entonces, la agarraba sin dudar por la cola. La serpiente retorció su cuerpo y se enroscaba. «Estás intentando mordirme, ¿verdad? Lo tengo todo planeado, así que dejaré a tus padres y te llevaré a ti solita conmigo. ¿Cómo vamos a hacer? Hay muchos ratones y no los soporto. Te voy a dejar cazar un montón de ellos. Si me das problemas, te golpeo aquí mismo y te mato.» La guardaba con maña en un saco y hablaba con otra serpiente para meterla en el saco. Todo esto eran mentiras de Kkakse, pero a menudo Jino le pedía que le contara sus historias. Más tarde, Kkakse entró en un centro de detención de menores y se hizo trompetista. El chico volvió al barrio con la boquilla de una trompeta y convertido en un sabiondo. Se llevó la trompeta a los labios y juntando ambas manos interpretó espléndidamente un toque de diana en forma de triste melodía. Cuando los adultos le preguntaban qué quería ser de mayor, Kkakse les respondía que soldado o policía. Sin embargo, cuando le preguntaban sus amigos, decía que lo que más le gustaría era ser un ladrón. Comentaba que, si se le daba bien, podría poseer cualquier cosa en el mundo y comprar *jajangmyeon* para dar de comer a los más pobres. Al final Kkakse terminó muriendo de forma absurda. En el descampado de los alrededores del taller ferroviario, siempre había amontonados varios pilares de puentes oxidados y allí se cayó un día mientras hacía acrobacias saltando de una estructura de hierro

a otra. Nadie lo vio, pero era fácil imaginar que su pequeño cuerpo pisó mal, se cayó entre las estructuras y fue golpeándose contra los hierros hasta chocar contra el suelo. Pasaron varios días hasta que encontraron el cadáver. Según las palabras de los chicos, en aquellos días un circo había llegado y en el barrio este era el único lugar para instalar la carpa. Decían que quizás Kkakse, a quien le gustaba mucho el espectáculo, se había colado todos los días en la carpa para ver las acrobacias aéreas. Tal vez los estaba imitando. Para convertirse en un gran ladrón, tendría que practicar mucho ese tipo de destrezas. En ese momento, Jinoh se dio cuenta de que el chico albergaba grandes sueños porque creía que podría poseer cualquier cosa en el mundo.

Se adentró en la calle principal de su pueblo. Estaba aumentando el número de tiendas al borde de la carretera y empezaba a haber callejones en todas las zonas. Resistían algunos de los conocidos como «árboles de las gotas» y en la calle que se dividía en tres era donde comenzaba el barrio de Jinoh. Los profesores decían que se llamaba «plátano oriental» y los niños lo llamaban «árbol de las gotas», pero el anciano farmacéutico lo llamaba *platanus orientalis* y les explicó que, antes de la inundación, los «japos» habían plantado una docena de ellos más o menos cuando se instalaron las vías del tren. Le preguntó a su padre y este le dijo que él y sus amigos también lo llamaban «árbol de las gotas» cuando eran niños, así que no pasaba nada si lo llamaba así. La casa de la esquina antiguamente había sido una tienda de productos fúnebres y después la habían reconvertido en una funeraria. Pasada la barbería de Kkakse, al otro lado del concurrido cruce, había una tienda de tofu. Al lado, había una carnicería, y junto a ella, una tienda de ultramarinos. Al entrar en el callejón situado después del aserradero, que antes fue un molino de arroz, se veía la casa en la que nació Jinoh, que estaba en el callejón de la tienda de arroz donde se alineaban pequeñas casas tradicionales. Jinoh empujó la puerta de la verja sin dudarle. Justo

ese día, la puerta, que se abría hacia dentro, no hizo ningún ruido. Normalmente, las bisagras provocaban tal estruendo que se ponía de mal humor. Junto a la puerta estaba la letrina y entrando por ella se accedía al jardín alargado. Originalmente era completamente cuadrado, pero el bisabuelo de Jinoth les pedía construir un taller cada vez que se mudaban, por lo que frente a la puerta habían levantado un edificio independiente de unos trece metros cuadrados. La familia de Jinoth llamaba «gran abuelo» o «abuelo mayor» al bisabuelo, cuyo nombre era Baekman Lee, para distinguirlo del abuelo, Ilcheol Lee. La abuela, que se llamaba Shingeum, nunca le había cedido a nadie la habitación principal. La casa había pertenecido a la tía abuela desde la época del colonialismo japonés y, aunque era una casa pequeña, los pilares y vigas todavía se mantenían firmes. Gracias al empleo del abuelo Ilcheol, la familia había podido trasladarse a una de las casas destinadas a los empleados de la empresa ferroviaria, pero al bisabuelo la vida allí le resultó un tanto agobiante después de unos años, por lo que decidieron mudarse a esta casa. Después de que Ilcheol y su hijo se fueran a Corea del Norte, el resto de la familia pudo mantenerse a salvo gracias a que aprendieron a vivir de manera independiente fuera de la residencia oficial de la empresa ferroviaria. En cuanto Jinoth abrió la puerta y entró en el jardín, la abuela Shingeum, que estaba lavando unas verduras en el grifo bajo la cocina, giró la cabeza y le dio la bienvenida alegremente.

—Ay, chiquillo, debes de estar cansado al ir al colegio con el calor que hace.

Jinoth se miró de arriba abajo y apenas se sorprendió al verse de nuevo con su cuerpo de estudiante de primaria. La abuela le cogió la mochila y le dijo que se quitara la camiseta y la de interior para lavarse. Jinoth se desnudó de cintura para arriba y se inclinó sobre la palangana de madera mientras la abuela cogía agua fría con un pequeño cuenco de madera y lo vertía sobre él sin piedad. «¡Ah!», Jinoth se asustó y gritó de forma exagerada

mientras se ponía las manos en las axilas. La abuela le dio un golpe en la espalda y le dijo que se inclinara otra vez. Terminado el baño, la abuela puso sobre una mesa baja de patas inclinadas un cuenco de arroz y otro con agua, pedazos de unas corvinas secas y un cuenco de *kimchi* de rábano. La colocó al final del porche de madera techado. En aquella época todavía se pescaban muchas corvinas amarillas en el mar Amarillo. A principios de primavera, la gente de los alrededores de Seúl se llevaba para casa las corvinas que llegaban a la zona costera de Incheon. Las introducían en sal para conservarlas y después, en cada hogar, o bien las pasaban por un colador y las metían en vasijas de barro o las ataban con cuerdas de paja y las colgaban de las colas para secarlas al sol. Al igual que preparar *kimchi* era la tarea de principios de invierno, salar y secar corvinas era la de la primavera.

—Échale agua al arroz para que esté más fresco.

La abuela llevaba puesta una chaqueta corta de ramio, especial para el verano, y unos pantalones anchos de estilo japonés. No recogía su pelo en un moño, sino que llevaba una melena corta, lisa y redondeada en la que no se apreciaba ni una sola cana. Se parecía a la antigua profesora de la escuela nocturna y, por su aspecto, en el barrio la llamaban «la moderna». Shingeum, que nació en Gimpo, se graduó de la escuela elemental, lo cual no era frecuente en el campo, e incluso asistió a algunas clases de secundaria en la fábrica textil. Conoció a su marido Ilcheol gracias al hermano de este, Icheol. El bisabuelo, nada más nacer su primer hijo, pensó en los trenes y por eso decidió llamarlo Hansoe. Para su segundo hijo siguió la misma línea y lo llamó Doosoe, pero más tarde en el censo los inscribió como Ilcheol e Icheol<sup>1</sup>. Cuando trabajaba en la fábrica textil, Shingeum

1. *Hansoe* significa «un hierro», y *Doosoe*, «dos hierros», según la etimología coreana. *Ilcheol* también significa «un hierro», e *Icheol*, «dos hierros», pero en este caso utilizan los caracteres chinos. (Todas las notas son de las traductoras).